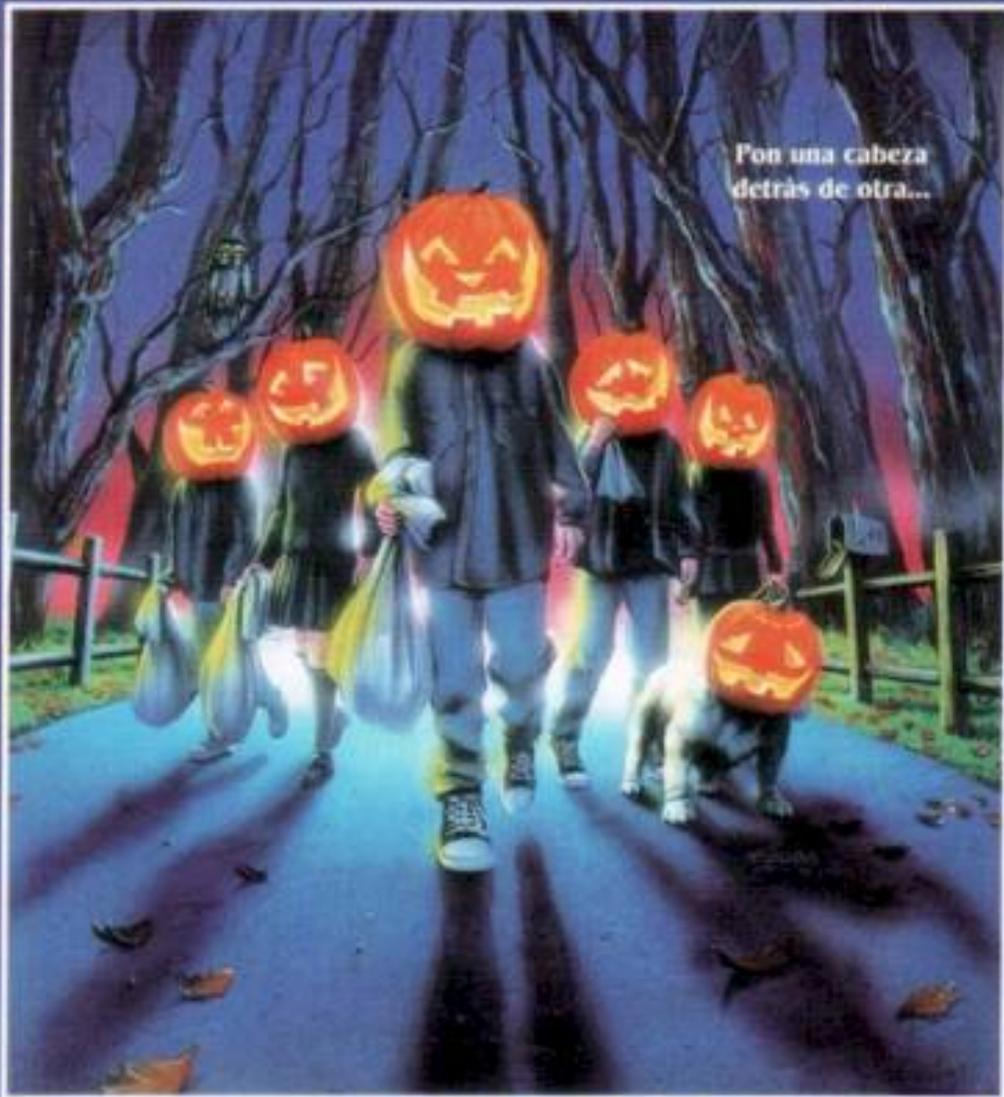


R. L. STINE

# pesadillas

La venganza de Halloween

Pon una cabeza  
detrás de otra...



No hay nada como Halloween.

Es la fiesta favorita de Drew Brockman.

Y este año será increíble. Mucho mejor que el año pasado, o el año en que Lee y Tabby les gastaron aquella estúpida broma a ella y a su mejor amigo, Walker.

Sí, este año, Drew y Walker tienen un plan.

Van a vengarse con ayuda de dos horribles calabazas-linterna.

Pero algo sale mal, muy mal.

Las calabazas-linterna resultan demasiado escalofriantes, demasiado reales.

Tienen voces silbantes y les salen llamas del rostro.

—¿Adónde vas, Duende? —me preguntó papá desde el estudio.

—¡No me llames Duende! —le contesté gritando—. Mi nombre es Drew.

A papá le hace mucha gracia llamarme Duendecillo, pero yo lo odio. Me llama así porque para tener doce años soy diminuta y llevo el cabello, negro y liso, muy corto.

Además, tengo la barbilla y la nariz pequeñas y algo puntiagudas.

Si vosotros os parecierais a un duende, ¿os gustaría que os llamaran Duende? Por supuesto que no.

Un día, mi mejor amigo, Walker Parkes, oyó el apodo que me pone mi padre, y se le ocurrió utilizarlo.

—¿Qué hay, Duendecillo? —me saludó Walker. Pero yo le di un pisotón tan fuerte, que nunca más volvió a llamarme así.

—¿Adónde vas, Drew? —volvió a preguntarme mi padre desde el estudio.

—Salgo —contesté, y cerré la puerta dando un portazo.

Me gusta dejar a mis padres en la incertidumbre. Procuero no dar nunca respuestas precisas. Pensaréis que soy tan traviesa como un duende, pero tened cuidado porque, si me lo decís, ¡os daré un pisotón también a vosotros!

Soy una chica dura. Preguntadle a cualquiera. Todos os confirmarán que Drew Brockman no tiene nada de blanda. Cuando una es la chica más renacuaja de la clase, no se puede andar con chiquitas.

En realidad no iba a ningún sitio, sólo esperaba a mis amigos. Caminé calle abajo para ver si les veía llegar.

Respiré profundamente. Los de la casa de la esquina habían encendido el fuego, el humo blanco salía flotando de la chimenea, inundándolo todo con un dulce olor a pino.

Me encanta el otoño. Significa que se acerca Halloween, mi fiesta preferida. Creo que me gusta tanto porque esa noche puedo convertirme en otra persona, o en otra cosa. Es el único día del año en el que no tengo que ser la chica de barbilla puntiaguda que realmente soy.

Pero tengo un problema con Halloween. El problema son una chica y un chico de mi clase: Tabitha Weiss y Lee Winston. Llevan dos años estropeándonos por completo Halloween a Walker y a mí. Eso me pone furiosa. Walker también está muy enfadado. Nuestra fiesta preferida echada a perder por culpa de dos niñatos engreídos que creen que pueden hacer lo que se les antoje.

Grrr.

¡Sólo de pensarlo me entran ganas de pegarle a alguien!

Mis otros amigos, Shane y Shana Martin, también están que trinan. Shane y Shana son gemelos y tienen mi misma edad. Viven en la casa de al lado y solemos salir juntos a menudo.

Shane y Shana son distintos a todos los chicos y chicas que conozco. Ambos son de cara redonda, el cabello rubio, muy rizado, les cae formando bucles, y siempre tienen las mejillas rojas y una sonrisa muy alegre. Los dos son bajitos y algo gordinflones.

Mi padre dice que son rechonchos. ¡A papá siempre se le ocurren adjetivos horribles para todo el mundo!

La cuestión es que los gemelos están tan enfadados con Tabby y Lee como Walker y yo. Así que este año, por Halloween, estamos dispuestos a hacer algo al respecto. El problema es que no sabemos exactamente qué hacer. Por eso ahora vienen todos a mi casa a discutirlo.

¿Que cómo empezó el problema con Tabby y Lee? Bueno, para poder explicarlo tengo que remontarme a dos

años atrás.

Lo recuerdo perfectamente. Walker y yo teníamos diez años. Estábamos delante de mi casa y Walker se encontraba junto a su bicicleta toqueteando el radio de una rueda.

Era un día de otoño precioso. Al final de la calle, alguien quemaba un montón de hojas. Aquí, en Riverdale, eso va contra la ley. Mi padre siempre amenaza con llamar a la policía cuando alguien lo hace, pero a mí me encanta el olor que desprenden.

Walker trasteaba con la bicicleta mientras yo lo observaba. No recuerdo de qué hablábamos. Entonces, levanté la vista y... me encontré a Tabby y a Lee allí, de pie, junto a nosotros.

Tabby tenía un aspecto perfecto, como siempre. «Señorita Doña Perfecta», así es como la llama mi padre y..., por una vez, tiene razón.

El viento soplaba con fuerza, pero la larga y lisa cabellera rubia de Tabby no se agitó. A ella, el viento nunca la despeinaba como me ocurría a mí.

Tabby tiene una perfecta piel blanca y cremosa; y unos perfectos ojos verdes, muy brillantes. Es muy guapa y lo sabe. ¡A veces tengo que reprimir los deseos de sacudirle el pelo con las dos manos y despeinarla!

Lee es alto y esbelto; tiene unos ojos de color marrón muy oscuro y luce una ancha sonrisa que resulta muy reconfortante. Es afroamericano, tiene unos andares muy peculiares y siempre se hace el interesante, como los raperos que salen en los vídeos de la cadena de televisión MTV.

Todas las chicas del colegio creen que es fantástico. Pero yo nunca entiendo una palabra de lo que dice, porque siempre lleva en la boca una enorme bola de chicle de color verde manzana.

—Mmmbbb, mmmbbb.

Lee dirigió la mirada hacia la bicicleta de Walker y dijo algo entre dientes.

—¡Eh! —dije yo—. ¿Qué tal, chicos?

Tabby puso cara de asco y me señaló con un dedo.

—Drew, tienes algo que te cuelga de la nariz —aseguró.

—¡Oh! —Levanté la mano a toda prisa y me froté la nariz. No tenía nada.

—Lo siento —se burló Tabby—. Me había parecido que tenías algo. —Los dos se echaron a reír.

Tabby siempre me gasta bromas estúpidas como ésa. Sabe que soy muy susceptible con mi aspecto, así siempre caigo en sus estúpidos trucos.

—Bonita bici —le dijo Lee a Walker mascullando—. ¿Cuántas marchas tiene?

—Es de doce marchas —contestó Walker.

Lee rió con disimulo.

—La mía tiene cuarenta y dos.

—¿Qué? —Walker se levantó—. ¡No existen bicis de cuarenta y dos marchas! —gritó.

—La mía sí —insistió Lee, aún sonriente—. Está hecha por encargo.

Hizo un enorme globo verde con el chicle. Cosa que no resulta fácil, mientras se está sonriendo con desprecio.

Me hubiera gustado aplastárselo sobre el engrdeído rostro, pero Lee retrocedió y lo aplastó él mismo.

—¿Te has cortado el pelo? —me preguntó Tabby mientras me examinaba el pelo revuelto por el viento.

—No —respondí.

—Ya me lo parecía —contestó, y se alisó con una mano su perfecta cabellera, retirándola hacia atrás.

Grrr. No la soportaba. Cerré los puños y pronuncié un gruñido de enfado.

Suelo gruñir a menudo. A veces, ni siquiera me doy cuenta de que lo estoy haciendo.

—Mmmbbb, mmmbbb. —Lee masculló algo, dejando resbalar un poco de jugo del chicle por la barbilla.

—¿Perdona?

—Voy a dar una fiesta de Halloween —repitió.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

—¿Una auténtica fiesta de Halloween? —pregunté—.  
¿Con todo el mundo disfrazado, ponche, juegos como el  
de morder las manzanas que flotan en agua e historias de  
miedo?

Lee asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. Una auténtica fiesta de Halloween. En mi casa, la  
noche de Halloween. ¿Queréis venir, chicos? —preguntó.

—¡Claro! —contestamos Walker y yo.

Grave error. Muy, muy grave.

## 2

Cuando Walker y yo llegamos, la fiesta ya estaba atestada de chicos de la escuela. Los padres de Lee lo habían adornado todo con serpentinas de color naranja que colgaban de un lado a otro del salón. Tres enormes calabazas-linterna nos sonrieron desde el asiento de la ventana de enfrente.

Por supuesto, la primera persona con la que me tropecé fue Tabby. A pesar de que iba disfrazada, no era difícil reconocerla. Iba vestida de princesa. Perfecta, ¿no?

Llevaba una traje largo de princesa, de color rosa, muy adornado, con mangas largas muy holgadas y un collarín de encaje muy alto. Se había recogido la rubia cabellera con una diadema de bisutería de diamantes muy brillantes.

Tabby me dedicó una sonrisa con sus labios pintados.

—¿Eres tú, Drew? —me preguntó fingiendo que no me reconocía—. ¿Qué se supone que eres? ¿Un ratón?

—¡No! —protesté—. No soy un ratón. Soy un Klingon. ¿Nunca ves *Star Trek*?

—¿Estás segura de que no eres un ratón? —se mofó.

Se dio la vuelta y se fue, sonriendo orgullosa. Le encanta insultarme. Gruñí en voz baja y busqué a alguien con quien poder hablar. Entonces vi a Shane y a Shana frente a la chimenea. Resultaba fácil reconocer a los gemelos. Eran dos enormes muñecos de nieve muy hinchados.

—¡Lleváis un disfraz genial! —les felicité.

Llevaban dos bolas blancas de nieve: una gran bola de nieve que les cubría el cuerpo y una más pequeña en la cabeza.

Las cabezas de los muñecos de nieve tenían dos agujeros recortados a la altura de los ojos. Pero no supe distinguir a Shane de Shana.

—¿Con qué habéis hecho las bolas de nieve? —pregunté.

—Con espuma de poliestireno —contestó Shana, que tiene una voz de pito muy aguda, así que ahora ya sabía quién era quién—. Hemos aprovechado unos trozos muy grandes que teníamos.

—Es genial —afirmé.

—Es una fiesta estupenda, ¿no? —intervino Shane—. Han venido todos los de la clase. ¿Has visto el disfraz de Bryna Morse? Se ha pintado todo el cuerpo con un *spray* gris plateado. ¡Hasta la cara y el pelo!

—¿De qué se supone que va disfrazada? —pregunté mientras la buscaba entre la gente de la salita—. ¿De surfista plateada?

—No, creo que de Estatua de la Libertad —contestó Shane—. Lleva una antorcha de plástico.

Oí un fuerte crepitar en la chimenea que me hizo dar un brinco del susto. La mayoría de las luces estaban apagadas, así que la sala se encontraba prácticamente a oscuras, como corresponde a una noche de Halloween. El fuego dibujaba largas sombras que danzaban en el suelo.

Me di la vuelta y vi a Walker que se dirigía hacia nosotros. Llevaba el cuerpo completamente cubierto de vendas y gasas. Iba de momia.

—Tengo problemas —anunció.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Shane.

—Mi madre me ha envuelto fatal —se quejó—. Se me está cayendo el vendaje. —Trató de sujetarse las vendas de alrededor del cuello, que se habían desprendido.

—¡Aaaj! —Lanzó un grito de enfado—. ¡Se está cayendo todo!

—¿Llevas ropa debajo? —preguntó Shana.

Shane y yo soltamos una carcajada. Me figuré a Walker acurrucado en medio de la fiesta en ropa interior, con montones de vendas a sus pies.

—Sí. Llevo ropa debajo del disfraz —contestó él—. Pero si todas estas vendas se caen, ¡se me caerá la cara de vergüenza!

—¡Eh! ¿Cómo va eso? —nos interrumpió Lee. Llevaba un disfraz de Batman, pero reconocí sus ojos oscuros tras la máscara, y la voz.

—Una fiesta impresionante —dijo Shana.

—Sí. Impresionante —repetí.

Lee empezó a decir algo, pero de repente se oyó un estrépito ensordecedor que nos dejó a todos boquiabiertos. Nos quedamos helados de miedo.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Lee.

Se hizo el silencio en la sala llena de gente.

Oí otro estrépito, como si alguien estuviera dando golpes. Luego unas voces.

—¡Procede..., procede del sótano! —tartamudeó Lee. Se quitó la máscara de Batman y, aunque el tupido cabello le cayó sobre la cara, vi su expresión de miedo.

Todos dirigimos la mirada hacia la puerta abierta, al final del salón, hacia las escaleras que conducían al sótano.

—¡Oh! —gritó Lee, tras un nuevo ruido estrepitoso.

Luego se oyeron unos fuertes pasos, alguien subía las escaleras desde el sótano.

—¡Hay alguien en casa! —gritó Lee, encogido por el miedo—. ¡Han entrado a robar!

# 3

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó Lee. Su voz resonó con estridencia en contraste con el absoluto silencio que reinaba en el salón. Los demás nos quedamos inmóviles, paralizados.

Al oír los fuertes pasos que se acercaban, subiendo las escaleras, un escalofrío me recorrió la espalda.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Socorro! —repitió Lee, con los ojos muy abiertos, desorbitados por el miedo. Pero nadie respondió. Lee se dirigió hacia la habitación de sus padres, en la parte trasera de la casa.

»¡Mamá! ¡Papá!

Yo le seguí pero, al cabo de pocos segundos, Lee volvió a la sala, estaba temblando de arriba abajo.

—Mis padres... ¡no están!

—¡Llama a la policía! —sugirió alguien.

—¡Sí! ¡Marca el cero noventa y uno! —gritó Walker.

Lee se precipitó sobre el teléfono que había detrás del sofá y, sin darse cuenta, dio un puntapié a una lata de Pepsi que alguien había dejado sobre la sombra, en el suelo.

Lee descolgó el auricular del teléfono y se lo llevó a la oreja. Le observé mientras marcaba el número de la policía, pero de pronto se volvió hacia nosotros y dejó caer el auricular de la mano.

—No hay línea. ¡El teléfono no tiene línea!

Algunos chicos se quedaron boquiabiertos. Otros gritaron. Yo me volví hacia Walker y abrí la boca, dispuesta a decir algo pero, antes de que pudiera salir un solo sonido de mi garganta, dos grandes siluetas surgieron de la escalera del sótano.

—¡Nooo! —Lee pronunció un grito de terror. Tabby avanzó un paso y se acurrucó junto a él. Aterrorizada, abrió mucho los ojos, que llevaba muy maquillados.

Los dos intrusos entraron rápidamente en la sala y bloquearon el camino hacia la puerta. Uno de ellos llevaba un pasamontañas de esquí de lana azul, que le cubría el rostro por completo. El otro llevaba una máscara de gorila de goma.

Ambos iban vestidos con unas chaquetas negras de piel y unos vaqueros también negros.

—¡Comienza la fiesta! —gritó el gorila con voz ronca. A continuación se echó a reír. Era una risa cruel—. ¡Comienza la fiesta para todos!

Algunos chicos gritaron. A mí se me salía el corazón del pecho. De pronto, sentí frío y calor a la vez.

—¿Quiénes sois? —preguntó Lee por encima de los gritos aterrados de algunos chicos—. ¿Cómo habéis entrado? ¿Dónde están mis padres?

—¿Padres? —contestó el tipo del pasamontañas de lana. Tenía unos ojos azules muy brillantes, casi tan azules como el pasamontañas de lana que le cubría el rostro—. ¿Tienes padres?

Los dos se echaron a reír.

—¿Dónde están? —gritó Lee.

—¡Me parece que huyeron corriendo al vernos! —aseguró el tipo a través del pasamontañas.

Lee tragó saliva con dificultad, emitiendo un débil sonido con la garganta. Tabby avanzó por detrás de Lee.

—¡No podéis entrar aquí! —gritó ella muy enfadada a los dos intrusos—. ¡Estamos celebrando una fiesta!

El gorila se volvió hacia su compañero y se echó a reír. Los dos soltaron grandes carcajadas mientras echaban las cabezas hacia atrás.

—¡Ahora es nuestra fiesta! —anunció el gorila—. ¡Ahora nosotros tomamos el control!

La salita estaba llena de miradas asustadas, silenciosas. De pronto sentí que se me doblaban las piernas. Me cogí del hombro de Walker para no caerme.

—¿Qué... qué vais a hacer? —preguntó Tabby.

# 4

—¡Todos al suelo! —ordenó el del pasamontañas de lana.

—¡No podéis hacernos esto! —gritó Tabby.

—¡Sólo somos niños! —gritó otro—. ¿Nos vais a robar? ¡No tenemos dinero!

Vi a Shena y a Shana muy pegados el uno al otro cerca de la chimenea. Aunque ocultaban sus rostros tras el disfraz de muñecos de nieve, yo sabía que también ellos debían estar muertos de miedo.

—¡Al suelo! —gritaron los dos intrusos.

Al obedecer y echarnos todos al suelo, el fuerte eco del ruido sordo que produjeron los disfraces resonó por toda la habitación.

—¡Vosotros dos también! —gritó el gorila dirigiéndose a Shane y a Shana.

—¡Imposible! ¡No podemos echarnos al suelo metidos en estas enormes bolas de nieve! —gritó Shana.

—¡Me da igual! ¡Al suelo! —ordenó el gorila de mala manera.

—¡Echaos al suelo o... o tendremos que obligaros! —les amenazó el tipo del pasamontañas de lana.

Observé a Shane y Shana mientras se esforzaban por echarse al suelo. Tuvieron que quitarse las bolas de nieve de la parte inferior para poder arrodillarse. Mientras Shana

trataba de quitarse la bola de nieve, ésta se partió por la mitad.

—Muy bien, ahora... ¡todo el mundo a hacer flexiones!  
—ordenó el gorila.

—¿Qué? —Por toda la habitación se oyeron exclamaciones de confusión.

—¡Flexiones! —repitió el gorila—. Todos sabéis hacer flexiones, ¿no?

—Y ¿cuántas... cuántas tenemos que hacer? —preguntó Walker que se había arrodillado muy cerca de mí, sobre la alfombra, frente a la mesita de café.

—Durante dos horas —contestó el tipo del pasamontañas de lana.

—¿Horas? —exclamaron algunos chicos.

—Unas cuantas horas de flexiones os harán entrar en calor —repuso el gorila—. ¡Luego ya pensaremos en algo más duro!

—Eso. ¡Más duro! —añadió su compañero, y se echaron los dos a reír de nuevo.

—¡No podéis hacernos esto! —grité. Me salió una voz muy aguda y débil, como la de un ratón.

Algunos chicos también protestaron. Me volví hacia la puerta. El tipo del pasamontañas de lana se encontraba ahora en el interior del salón, pero el gorila seguía bloqueando cualquier posible salida.

—¡Empezad! —ordenó el gorila.

—¡Si no... haréis tres horas! —añadió su compañero.

Oí muchos lamentos y quejas, pero todos nos dejamos caer sobre la barriga y empezamos a hacer flexiones. ¿Qué opción teníamos?

—¡No podemos hacer flexiones durante dos horas! —protestó Walker sin aliento—. ¡Nos desmayaremos!

Walker se elevaba y descendía, se elevaba y descendía, muy cerca de mí, en el suelo. El disfraz de su madre se iba desmontando a cada movimiento que hacía.